

Introducción

Damián Gálvez

Un laboratorio de (re)escrituras: la edición como espacio de experimentación y formación crítica

Intervenciones

Diamela Eltit
Mario Garcés

Pensar la revuelta

Rodrigo Karmy

Chile despertó

Begoña Ugalde

Piedra Papel Tijera

Artículos

Judith Butler

Para imaginar un mundo después de este, la democracia necesita las humanidades

Miguel Vatter

The Rule of Law as Concrete Order: From Neoliberal Capture to Postliberal Weaponization of Constitutionalism

Jacques Lezra

Insuficiencia

Nicolás del Valle

El crepúsculo de la civilización: dominio, naturaleza y razón instrumental en Max Horkheimer

J. Camilo Valdés

Sublevaciones: síntomas y potencias en el pensamiento de Michel Foucault y Georges Didi-Huberman

Lieta Vivaldi
Danitza Pérez
Mistral Ensignia

Regulación de las Tecnologías Reproductivas Asistidas en Chile: análisis crítico desde una perspectiva feminista

Javier Cristiano
Guido Montali

Toda espera es política. Acerca de las relaciones entre espera y poder

Claudio Espinoza

Hacia una comprensión de lo político: trayectorias teóricas y metodológicas de la antropología política

Laura Gentilezza

Los libros y los cuadros. Sobre las estrategias del quehacer nacional en Gainza y Zambra

Reseñas

Alejandro Fielbaum

Francisco Layna Ranz. *Trinchera, tribuna y periódicos. Lecturas políticas del Quijote (España y Latinoamérica, 1898-1950)*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2025

Matías Escobar

Sheldon Wolin. *Democracia y revuelta*. Buenos Aires: Palinodia, 2025

Toda espera es política. Acerca de las relaciones entre espera y poder

*All waiting is political.
On the relationship between waiting and power*

*Toda a espera é política.
Sobre a relação entre espera e poder*

Javier Cristiano
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Guido Montali
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Resumen

La espera es un aspecto básico de la experiencia del tiempo. Desde el momento en que no se puede manipular a voluntad el mundo circundante, los planes y deseos de los actores tienen que ajustarse a duraciones no elegidas y eso implica, entre otras cosas, tener que esperar. Sin embargo, este hecho básico tiene su configuración social, y en consecuencia política. Porque no todos esperan por igual, ni esperan lo mismo, ni juegan lo mismo en las situaciones de espera, ni tienen la misma posibilidad de dejar de esperar ni de hacer esperar a otros. Desde este punto de partida, el artículo se organiza en tres apartados. Primero, se propone una delimitación de la noción de espera, segundo se propone una clasificación de sus tipos y, tercero, el central, busca aclarar las relaciones entre espera y poder.

Palabras clave: Espera, poder, tiempo, teoría social.

Abstract

Waiting is a basic aspect of the experience of time. Since the surrounding world cannot be manipulated at will, actors' plans and desires must adjust to unchosen durations, and this implies, among other things, having to wait. However, this basic fact has its social, and consequently, political, configuration. Because not everyone waits equally, nor does everyone wait the same way, nor does everyone have the same stake in waiting situations, nor do they have the same opportunity to stop waiting or to make others wait. From this starting point, the article is organized into three segments. First, it proposes a delimitation of the notion of waiting; second, it proposes a classification of its types; and third, and central, it seeks to clarify the relationships between waiting and power.

Keywords: Waiting, Power, Time, Social Theory.

Resumo

A espera é um aspeto básico da experiência do tempo. Como o mundo circundante não pode ser manipulado à vontade, os planos e desejos dos atores devem ajustar-se a durações não escolhidas, e isso implica, entre outras coisas, ter de esperar. No entanto, este facto básico tem a sua configuração social e, consequentemente, política. Porque nem todos esperam de igual forma, nem todos esperam da mesma forma, nem todos têm o mesmo interesse em situações de espera, nem têm a mesma oportunidade de deixar de esperar ou de fazer esperar os outros. A partir deste ponto de partida, o artigo está organizado em três segmentos. Em primeiro lugar, propõe uma delimitação da noção de espera; segundo, propõe uma classificação dos seus tipos; e terceiro, procura esclarecer as relações entre espera e poder.

Palavras-chave: Espera, poder, tempo, teoria social.

Recibido: 06 de junio de 2025

Aceptado: 22 de enero de 2026

Introducción¹

En los últimos años se ha desarrollado en las ciencias sociales una importante literatura sobre la espera². Diversas investigaciones, animadas por intereses y enfoque diferentes, se han topado con ella como un objeto estratégico, capaz de desvelar aspectos importantes de la vida social en asuntos como la dominación política (Auyero, 2016; Turnbull, 2016), la relación con las burocracias estatales (Hansen, 2020; Ruiz-Estramil, 2018), los procesos de politización de actores subalternos (Dreher, 2018; Blejer y Stella, 2020) o la resignificación de las identidades (Lahad, 2019; Pickering, 2016), entre muchos otros. La variedad de asuntos y hallazgos realmente confirma la potencialidad del tema pero también plantea la pregunta por sus alcances y por la diversidad que encierra en su eventual unidad. Porque, como varios autores han señalado (Hage, 2009; Göttlich, 2015; Voyanov, 2014), el término “espera” no tiene una delimitación unívoca y abarca experiencias y relaciones bastante diferentes, cuyas implicancias por ende también lo son.

El primer objetivo de este artículo es proponer una precisión del término y un criterio que permita identificar sus principales variantes. Nos basamos para eso en la amplia información empírica recopilada en las investigaciones mencionadas y complementariamente en las artes literarias, que de manera muy abundante (y solo hemos considerado una mínima parte) se han ocupado del tema. Tenemos que reconocer a Javier Auyero (Auyero, 2016; Damin, 2014) no sólo uno de los aportes más influyentes en la investigación sobre la espera sino también esta inspiración metodológica, que en el caso que nos ocupa tiene un material realmente desbordante (Gutiérrez Pérez, 2014) que seguramente seguiremos considerando a futuro³.

¹ Queremos expresar nuestro agradecimiento a la revista por la seriedad y el rigor del proceso de evaluación, que nos ha permitido mejorar la versión inicial y profundizar nuestra comprensión del tema.

² En un esquemático estado de la cuestión puede decirse en primer lugar que esa literatura supera ampliamente en volumen la que han producido la Filosofía (Díaz, 2017), las humanidades en general y la Psicología, ámbitos que se han ocupado del tema (Barthes, 1998; Bárcena, 2013) pero con bastante menos intensidad que la Sociología y la Antropología. En segundo lugar, la mayor parte de esa literatura es relativamente reciente. Suelen citarse como clásicos los trabajos de Barry Schwartz de mediados de los setenta (Schwartz, 1974; 1992) y las reflexiones sobre el tiempo de Pierre Bourdieu en el capítulo final de *Meditaciones pascalianas* (Bourdieu, 1999), pero la referencia central de buena parte de los trabajos es una investigación de Javier Auyero publicada originalmente en 2011 (Auyero, 2016). Tercero, gran parte del corpus parece haber descubierto el interés del tema en el marco de otros objetivos de investigación, lo que le confiere un carácter transversal realmente muy rico por su inserción en múltiples problemáticas. Y cuarto, la gran mayoría son investigaciones empíricas, a excepción de unos pocos trabajos conceptuales entre los que destacan los de Göttlich (2015), Gasparini (1995) y Romano (2011). Es esta relativa ausencia de perspectivas teóricas lo que nos motivó a escribir este artículo. Como aclaramos a continuación, nuestro objetivo es apoyarnos en la considerable información empírica acumulada para bosquejar un mapa teórico que sirva para la continuidad de esa misma investigación.

³ La estrategia metodológica consistió en leer detalladamente una treintena de casos, entre investigaciones empíricas (la mayoría) y obras literarias, que describen y analizan situaciones explícitamente definidas como “de espera” y que seleccionamos por su heterogeneidad en cuanto a contextos, instituciones y actores involucrados. Las distinciones y clasificaciones que proponemos toman ese material solo como punto de apoyo; no constituyen una generalización empírica, tarea que requeriría otro tipo de trabajo y una maduración teórica del tema que todavía, a nuestro juicio, no se ha alcanzado.

El segundo objetivo, enlazado al anterior, consiste en cartografiar las diferentes relaciones que la espera tiene con el poder. Si se tuviese que establecer el rasgo dominante de la sociología de la espera sería, sin ninguna duda, la constatación de que la espera es un fenómeno político, estrechamente relacionado con la distribución del poder y con el ejercicio del poder, en sus diferentes ámbitos y formas. Pero también aquí se impone la necesidad de un mapa, facilitado por la clarificación del concepto y de sus variantes. Lo que vamos a postular es que no toda espera está relacionada con el poder de la misma manera, ni por lazos igual de estrechos ni con las mismas consecuencias. En esta segunda parte nos valemos de los mismos recursos, pero sumando referencias selectivas tomadas del intenso debate contemporáneo sobre el concepto de poder (ver *Infra*, nota a pie nº 5).

¿Qué significa “esperar”?

Para tener una primera sensibilidad empírica reseñamos brevemente cuatro casos de espera, tres provenientes de investigaciones sociales y uno de la literatura.

a) En su libro *Pacientes del Estado*, Auyero (2016) describe y analiza la espera de sectores marginados de Buenos Aires en distintas oficinas de ayuda social. En lo esencial, muestra que la burocracia estatal produce situaciones de espera que no tienen ninguna justificación y que se apoyan en, y refuerzan a, la vulnerabilidad de los pobres. Son escenarios signados por la impotencia que una de las entrevistadas resume recordando la última vez que la ayuda, un subsidio para la compra de alimentos, le fue negada: en su casa lloró mucho, pero “acá no dije nada” (Auyero, 2016, p. 98).

b) En *Esperar y hacer esperar*, libro compilado por Mario Pecheny y Mariana Palumbo (Pecheny y Palumbo, 2017), Farji Neer y colaboradores (2017) estudian la espera de parejas de sectores medios y altos en tratamientos de fertilidad. Una de ellas, en particular, ha decidido optar por esa alternativa luego de constatar la predisposición genética de su descendencia a una enfermedad. La espera tiene varias etapas (la evaluación de factibilidad, luego la fecundación, luego la gestación) y los autores ofrecen un rico relato de la experiencia y de los recursos empleados para sobrellevarla.

c) En uno de los artículos del n.º 36 de la *revista Avá*, dedicado también a la espera, Mariel Blejer y Valentina Stella estudian el largo peregrinar jurídico de una comunidad mapuche de Bariloche, en la Patagonia argentina, para revertir el cercamiento privado de un camino del que depende gran parte de su vida comunitaria, incluyendo aspectos vitales de su organización económica. Muestran básicamente que la espera va transformando su percepción de las instituciones oficiales, va segregando cuestionamientos que exceden la demanda concreta y, finalmente, deviene en hartazgo y en actos de rebeldía política organizada.

d) El cuento *¿Te conozco, Mendizábal!*, de Eduardo Sacheri (Sacheri, 2007), describe el encuentro del jefe de una banda criminal con un subordinado que lo ha traicionado, llevándose el botín de un robo y provocando la muerte y la cárcel de otros compañeros. Además de la espera de ambos, desde la traición hasta el encuentro, el relato da cuenta de una tercera espera, la que el jefe decide imponer a Mendizábal como castigo: no lo mata, como esperaba, sino que lo deja escapar, renovando la tortura de una espera aterrada.

Estos casos sugieren ya importantes diferencias dentro del fenómeno de la espera, que analizaremos en el apartado siguiente. Pero nos permiten también establecer qué es lo común, en qué sentido decimos, en el lenguaje ordinario, que se trata de situaciones de espera. Postulamos cinco puntos:

1. La existencia de una anticipación o representación del futuro, de un acontecimiento o estado de cosas que se dará más adelante en el tiempo. Puede ser de muy diferentes tipos, como veremos luego (por ejemplo, puede ser deseable o indeseable), pero toda espera es una relación con el futuro que habita en el orden de la anticipación, no de la percepción de lo ahora presente.

2. La espera supone la consciencia de que se está esperando. Las anticipaciones del futuro tienen diversas formas y no todas son objeto de atención. La fenomenología, primero en Husserl y después en Schütz, ha acuñado el concepto de “protensión” (Schütz, 1974, p.169) para referirse a anticipaciones del futuro ligadas espontáneamente a la percepción presente, como el caso de la posición en que estará la pelota en una fracción de segundo y que hace que me vaya moviendo en esa dirección. Pierre Bourdieu hizo explícita la deuda que con este concepto tiene la noción de habitus, ese sentido práctico que también permite anticipar un futuro que no es experimentado como tal (Bourdieu, 1999, p. 276). Pues bien, en estos casos, y seguramente en otros similares, no corresponde hablar de espera, a riesgo de hacer de la espera una categoría virtualmente asimilable a toda expectativa de futuro. Esperar es, en este sentido, saber que se está esperando.

3. ¿Y qué significa saber que se espera? Como ha indicado Göttlich (2015), prestar atención al tiempo (p. 49). Nombrándolo o no de ese modo, el que espera sabe que entre el presente y la concreción hay un lapso, que tiene que transcurrir. Los pobres de Auyero saben, cuando llegan a las tres de la mañana a hacer la fila, que se hará de día, pasará la mañana y sobrevendrá la tarde y estarán todavía allí; la pareja de Neer sabe que hasta que lleguen los resultados de factibilidad pasarán unos dos meses, en que incluso deciden hacer un viaje para calmar la ansiedad. Y Mendizábal sabe que de aquí al próximo encuentro con el jefe pueden pasar unos días, unos meses o unos años... y que tendrá que transitarlos.

4. La espera supone un interés en lo que se anticipa que va a ocurrir. Esperar algo supone estar interesado en que ese algo ocurra o no ocurra, pues de lo

contrario, más que esperar, se estaría, de nuevo, simplemente anticipando algo del futuro. En el lenguaje corriente no diríamos que “esperamos” que el año que viene, el 21 de diciembre, empiece el verano, o que “esperamos” que el campeonato de fútbol termine en determinada fecha. Simplemente sabemos esas cosas, podemos anticipar que serán así. Y reservamos la palabra espera para hablar de cosas que deseamos o tememos o que nos importan en algún sentido: que por fin llegue el verano, con él los días templados y las vacaciones, o que mi equipo gane el campeonato.

5. Finalmente, la espera supone impotencia: la imposibilidad de hacer algo para evitarla o para manejarla más allá de cierto punto. Esta es la parte más polémica de la definición porque ha dado lugar a detalladas controversias acerca de la pasividad que connota el término, y a si efectivamente esa pasividad es característica intrínseca del fenómeno o no (Pecheny, 2017, pp. 21-22). Nuestra propuesta es que sí: que el hecho de esperar supone pasividad. Lo que no quiere después de decir: (a) que mientras se espera no se haga nada; (b) que la espera no pueda manipularse en parte por la acción. Respecto de (a), esperar no es estar sentado ni quieto, más allá de que eso es lo que nos viene a la mente cuando usamos el término. La pareja del tratamiento hace muchas cosas mientras espera, sigue con su vida. Los mapuches esperan el resultado de sus reclamos pero mientras tanto discuten nuevas estrategias, buscan modos de resolver los problemas causados por la clausura del camino, etcétera. Y los pobres que hacen la fila comen, compran cosas, usan el celular. Es absurdo pensar que la espera supone inacción. Lo que sí supone (b) es límites de la acción referida a la propia espera y a su resultado. No un límite absoluto, porque casi siempre se puede hacer algo: los pobres pueden mostrarse sumisos y obedientes para agradar a los funcionarios (Scribano, 2010) y Mendizábal puede llorar para producir lástima. Pero sí un límite relativo, que consiste en el hecho de que no se puede hacer nada por evitar la espera por completo o para manipularla más allá de cierto punto. Si se pudiera, si la pareja pudiese resolver de inmediato si es apta o no para el tratamiento, lo haría. En este sentido la espera puede definirse, evocando a Durkheim, como una exterioridad coactiva: se me impone desde afuera, como límite de mis acciones y de mis deseos.

Creemos que estos cinco puntos son las que delimitan el fenómeno de la espera. Que así definido tiene un ineludible carácter subjetivo, porque todos los puntos se refieren a experiencias. Lo que no quiere decir que se trate de una cuestión sólo subjetiva. En seguida veremos que la espera tiene estructuras y tiene condiciones. Pero solo figurativamente podríamos decir que tal grupo o tal persona espera “objetivamente”, sin saber que lo hace y sin atender a lo que subjetivamente significa ese esperar. En este sentido la espera es una categoría teórica que recoge el contenido de una categoría “nativa” (Barrera, Lombraña y Ojeda, 2020).

Las formas de la espera

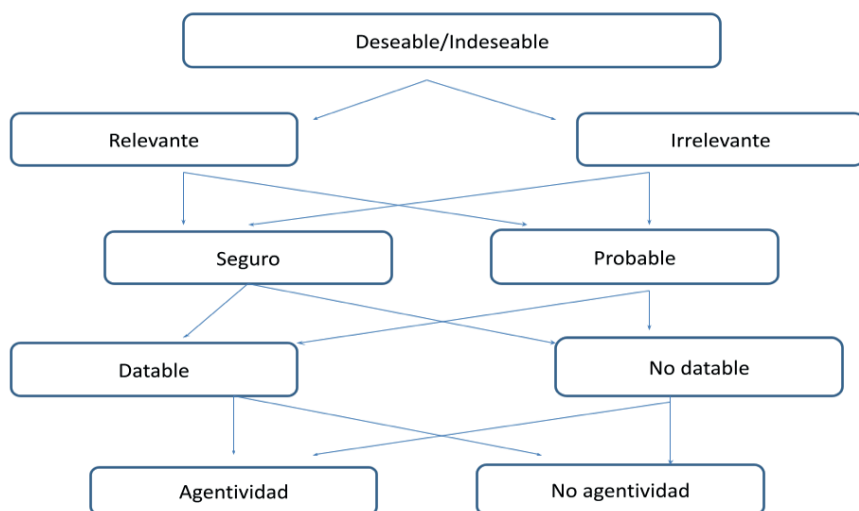
La precisión que acabamos de hacer aclara suficientemente de qué estamos hablando. Pero también permite plantear de manera más controlada la cuestión de los tipos de espera. Postulamos una primera clasificación en base a la combinación de cinco variables:

- i) Si lo que se espera es algo deseable o indeseable para quien espera;
- ii) Si es, para él, más o menos relevante;
- iii) Si se tiene o no seguridad de que lo que se espera va a ocurrir;
- iv) Si se sabe cuándo va a ocurrir;
- v) Si puede o no hacerse algo para que lo esperado ocurra y/o para reducir (o prolongar) el tiempo de espera.

Son todas variables de gradación⁴, con polaridades puras (por ejemplo, absoluta certeza versus total incertidumbre, en el caso de 3) y con su correspondiente gama intermedia (confianza, pero duda, por ejemplo, en ese mismo caso). Las dos primeras variables se refieren a lo que se espera (si es algo deseable o indeseable, y si es relevante o irrelevante) y las tres restantes se refieren al cómo se espera. El cuadro n.º 1 muestra las combinaciones posibles:

⁴ Esto vale especialmente para el punto 5, pues acabamos de decir que “siempre se puede hacer algo”. Hablamos, en este caso, de un algo que se puede hacer y que objetivamente, o en la percepción subjetiva de los partícipes, puede cambiar de manera significativa lo que se espera. El “no puedo hacer nada” del ciudadano dependiente de una ayuda social significa: no puedo hacer nada de lo que se puedan esperar efectos importantes en mi situación de esperante. Las distinciones tienen un sentido lógico; su traducción empírica requeriría construir indicadores concretos.

Cuadro n.º 1: tipos de espera (elaboración propia)



Aun siendo categorías abstractas, definidas por el momento además de un modo pre teórico (podrían cargarse de contenidos muy variados desde distintas perspectivas teóricas), el cuadro permite algunas consideraciones importantes. La primera es que no toda espera es algo indeseable, como espontáneamente se piensa y como tiende a sugerirlo la mayor parte de las investigaciones sociológicas. Quien espera algo deseable e importante, tiene la certeza de que ocurrirá y puede datarlo con precisión, puede vivir su espera como algo satisfactorio e incluso como algo que hace llevaderas otras experiencias (la espera de las vacaciones motiva en un trabajo anodino). Incluso quien espera algo indeseable, pero para él poco relevante, poco probable e indeterminado, puede disfrutar del margen de acción que le permite prevenirlo (algunas relaciones con el dinero, como el ahorro para la vejez, tienen estas características).

Pero también es posible, con la combinatoria, comprender y diferenciar razones por las que la espera es, en efecto, muchas veces algo indeseable. Tres combinaciones son de interés a este respecto:

a) Quien espera algo deseable e importante, pero no sabe si ocurrirá y/o, en el caso de ocurrir, cuándo, y quien además siente que no puede hacer nada, ni para que lo esperado ocurra ni para que ocurra más rápido, está en la típica situación de espera impotente que vemos en muchos de los análisis empíricos. Otra de las investigaciones reunidas en el libro de Pecheny y Palumbo, realizada por Horacio Pereyra (2017), describe la situación de un paciente que espera un trasplante de córnea. Puede que la buena noticia no llegue nunca; si llega no

puede saberse cuándo; y lo que está en juego, cuando pasa el tiempo, es ni más ni menos que el deterioro irreversible del sentido de la vista. Formalmente su situación es análoga a la de los pobres estudiados por Auyero y la de muchísimas otras investigaciones que describen, en términos de Bourdieu (1999), esperas “ansiosas e impotentes” (p. 302).

b) La espera de algo negativo, importante, de cuya ocurrencia se tiene certeza y datación, y frente a lo cual no se puede hacer nada, es un tipo diferente de espera indeseable. Una conocida y cruel historia contada por el escritor Roberto Arlt sobre su infancia reza que su padre, al enterarse de un mal comportamiento, le anticipaba un castigo para el día siguiente, lo que para el niño era una doble tortura, la del castigo y la de la espera (Saítta, 2000, pp. 17-18). La fecha y hora de la visita al dentista es un ejemplo más trivial y la fecha de finalización del contrato, que posiblemente me deje sin trabajo, uno más importante en términos sociales.

c) Luego está el saber que algo negativo va a ocurrir pero no saber cuándo, una fuente de malestar que puede ser inmensa si lo que se avecina es algo muy malo. Que puede diferenciarse del caso parecido, pero no equivalente, de algo muy malo que se tiende dudas de si ocurrirá, y que de ocurrir no se sabe cuándo. La lógica perversa de los despidos por etapas suele tener en las empresas esta forma: se avanza en la reducción del personal con una lógica desconocida (¿quién y por qué será despedido primero?) y con un límite que tampoco se puede anticipar (¿hasta dónde llegará el “ajuste”?). José Pablo Feinmann, en la novela *La astucia de la razón* (Feinmann, 1991), narra el terror de un intelectual de izquierdas elucubrando, durante la dictadura, si el aparato de represión, cuya naturaleza y alcance muy pocos conocen, llegará hasta él o no.

La tercera conclusión, que el cuadro solo sugiere pero que los ejemplos respaldan, es que el significado que tiene la espera varía en función no solo de la situación objetiva, sino de las disposiciones y actitudes de quienes esperan. Frente a la misma situación, la historia social de cada quien, y la condiciones y recursos que puede movilizar, llevan inevitablemente a experiencias y prácticas diferentes. Los guardias de seguridad que trabajan durante la noche tienen el arduo desafío de permanecer despiertos y atentos durante largas horas, una espera diaria que significa, sin embargo, cosas diferentes para cada uno: un esfuerzo resignado en quienes, con más de 50 años, saben que no podrán conseguir otro trabajo; un esfuerzo “a plazo” en jóvenes que imaginan este trabajo como una transición; un esfuerzo tortuoso en quienes valoran la vida familiar que su horario de trabajo hace casi imposible; etcétera (Biset, 2024).

Las variables desde las que construimos estas distinciones no son por supuesto las únicas posibles. Hay otras, que pueden hacerse jugar en combinatorias diferentes según los intereses del análisis. Mencionamos tres para dar una idea de vías posibles de profundización.

a) La primera es el tiempo de la espera. No es lo mismo esperar algo diez días que esperararlo durante años, y no es lo mismo saber de antemano que se esperará mucho o poco o no saberlo, o que lo que se cree que se esperará resulte finalmente ser el caso o devenga una frustración (“no pensé que tardarían tanto”). En los países en que la pandemia del Covid implicó aislamiento obligatorio hay muchos testimonios de los efectos, muchas veces dramáticos, de una espera por tiempo indeterminado que se iba prolongando sin horizonte claro de finalización (Cristiano, 2020).

b) Hay esperas que se esperan, que se sabe que se tendrán que atravesar, y esperas inesperadas, impuestas por las circunstancias, que frustran planes y proyectos en curso. El cuento “La autopista del sur”, de Julio Cortázar (Cortázar, 1966), ofrece un divertido elenco de actitudes tomadas por personas distintas, en condiciones y con recursos diferentes, frente a un inesperado atasco que los deja varados durante horas en la ruta.

c) A veces se esperan cosas concretas, de contornos perfectamente definidos, conocidas como tales, y a veces se esperan cosas difusas, que se pueden representar muy precariamente. Lo que se espera de un gobierno, por ejemplo, puede ser algo tan genérico y ambiguo como “que la situación económica mejore” o, por el contrario, tan concreto como que el rubro de mi empresa sea favorecido y “mejore mi salario”.

Espera y poder

En todos los ejemplos con que venimos trabajando está presente el poder. Las personas esperan no porque quieran sino porque alguien o algo las hace esperar. Y tratándose de cosas sociales esto significa que tenemos que prestar atención a lo que habitualmente denominamos poder, las estructuras y relaciones de las que depende el margen de acción de cada quien. Nuestro siguiente paso consiste en apreciar, de la manera más amplia y precisa posible, de qué modo la espera se relaciona con el poder. En términos muy generales, qué importancia tiene el poder en el condicionamiento y moldeado de las esperas sociales, y qué peso tiene la espera sobre las relaciones y estructuras de poder mismas. Proponemos que el cuadro general puede elaborarse diferenciando cuatro niveles de análisis: (a) el del poder como condicionante último de las situaciones de espera; (b) el de la espera como aspecto del ejercicio del poder; (c) el de la espera como aspecto de la reproducción de las relaciones de poder; (d) el de la espera como aspecto de la contestación y la resistencia al poder.

Pero antes de entrar a cada tema nos parece necesario hacer explícita la idea de “poder” que tenemos en mente, sin pretensión obviamente de saldar ningún debate a gran escala sino simplemente de entablar con el lector un diálogo claro⁵.

⁵ Lo que sigue retoma de manera resumida lo que propusimos en un trabajo anterior (Cristiano, 2021, pp. 6-7). En esa oportunidad tratamos de entresacar, de las principales contribuciones definicionales sobre el fenómeno poder, lo que podrían ser sus definiens puros, con independencia de la orientación teórica y

En su significado más genérico y universal, las relaciones de poder suponen alguna combinación de los siguientes principios: (i) las acciones de un actor, A, tienen más peso causal que las acciones de otro (B); (ii) los intereses del actor A tienen más probabilidad de verse realizados que los intereses del actor B; (iii) la voluntad del actor A tiene más probabilidad de realizarse que la voluntad de B; (iv) A puede hacer que B haga algo que de otra manera no haría (o que deje de hacer algo que de otra manera sí haría).

Estos cuatro principios sintetizan los distintos definiens que se han proporcionado en el debate contemporáneo acerca del poder, consistiendo buena parte de las controversias en determinar si todos o solo algunos deben formar parte de la definición. Por ejemplo, se puede considerar que solo el punto (i) es suficiente, o solo el primero con el segundo y el tercero, pero no el cuarto, que para otros es en cambio el determinante. Para nuestros objetivos no es necesario tomar posición sobre ese debate; nos conviene, en cambio, dejar abierta la cuestión, porque veremos que distintos aspectos y tipos de espera se relacionan con aspectos particulares de la definición (es decir, no con todos), lo que nos parece más una virtud que un defecto analítico.

Con esta mínima clarificación en mente podemos volver al hilo principal de nuestro argumento.

El poder como condicionante de la espera

El primer nivel de análisis (a) es el del poder como condicionante último de las situaciones de espera. Surge de la premisa de que todo orden social supone un orden temporal; que las esperas son parte o derivado de ese orden temporal; y que todo orden tiene como trasfondo relaciones de poder y luchas por el poder. Con lo que, transitivamente, la espera remite en última instancia, siempre, a relaciones de poder, aunque no necesariamente es un simple reflejo de las estructuras de poder ni representa de manera directa los intereses de los poderosos actuales.

Tomaremos para ilustrarlo dos trabajos clásicos de la sociología del tiempo, “Las duraciones esperadas socialmente”, de Robert Merton (Merton, 1992), y “Colas, prioridades y proceso social”, de Barry Schwartz (Schwartz, 1992). El primero no se refiere expresamente a la espera, pero la presupone en todo su argumento, pues la idea es que todo orden social supone expectativas acerca de la duración de las cosas (de los procesos, de las interacciones, etcétera), siendo la coherencia de expectativas uno de los mecanismos que sostienen el orden social. Las duraciones esperadas organizan la acción, pero también imponen

epistemológica específica de cada propuesta. Las definiciones con las que trabajamos son las de Bachrach y Baratz (1962); Mann (1991); Giddens (1993), Elias (1999); Weber (2014) y Popitz (2019). Empleamos también la visión panorámica de la discusión de Scott (1994).

esperas, por ejemplo la que supone el recorrido de un trámite, la necesidad de que concluya una tarea para emprender otra, etcétera. Sólo indirectamente se refiere Merton al poder en su análisis, pero, si nos preguntamos por el origen del orden, y dejamos de lado la hipótesis de la autoorganización sistémica, entonces el orden, parece evidente que deriva de decisiones conscientes (puntos ii y iii de arriba) o de acciones influyentes (i) que lo fueron construyendo a lo largo del tiempo.

La tesis de Schwartz, compatible y complementaria con la de Merton, sostiene que el fenómeno de la cola, del hacer fila, tan presente en la vida cotidiana de nuestras sociedades, es expresión sensorial de uno mucho más extendido y oculto, que consiste en establecer prioridades: qué va primero y qué va después. En todo ámbito de acción en el que hay que hacer muchas cosas, y por ende el tiempo es un recurso escaso, determinar prioridades produce colas, aunque no haya gente concreta esperando en una fila. La pregunta de Schwartz: de qué dependen esas prelaciones, cómo se establecen (Schwartz, 1992, p. 309), remite directamente (aunque no exclusivamente) al poder: son actores poderosos los que deciden, o son actores que toman las decisiones en función de estructuras institucionales y valores que remiten a decisiones pasadas del poder.

La espera y el ejercicio del poder

La segunda dimensión (b), la que más atención ha recibido en los análisis, se refiere a lo que agentes poderosos concretos hacen con el poder que disponen, una de las cuales, bastante frecuente, es justamente hacer esperar. Hay abundante información empírica (Ballesteros, Freidin y Wilner, 2017; Basaure, Sánchez y Vera, 2018) y variados argumentos teóricos (Bourdieu, 1999) para sostener que quienes ocupan posiciones dominadas son quienes por lo general esperan, y esperan más. Pero ese hecho general abarca muchos matices que conviene desglosar, para lo cual proponemos volver por un momento a nuestra clasificación de los tipos de espera. El siguiente cuadro resume combinaciones de variables que son de interés para este punto en particular:

Cuadro n.º 2: espera y ejercicio del poder (elaboración propia)

	Deseable A	Indeseable B	Relevante	Certeza	Databilidad	Agentividad
1			X	X	X	X
2			X	X	X	
3			X	X		
4			X			

El caso 1A, en donde se espera algo deseable, relevante, seguro en cuanto a su ocurrencia, fechable y manejable (es decir, teniendo quien espera margen de acción para incidir) presenta un tipo de espera que, al menos en términos lógicos, parece distante no de las relaciones de poder pero sí de la idea de imposición. Puede ocurrir por supuesto que quien espera interprete su situación de esta manera y que sea objetivamente distinta, pero en principio quien espera de ese modo cuenta con un margen importante de autonomía, uno de los antónimos de la dominación.

Las opciones 2A, 3A y 4A, en cambio, hacen lugar a la dependencia de quien espera respecto del poder, y a un hacer esperar derivado de esa dependencia. Se diferencian en grado: en 2A se espera algo relevante, que se sabe que ocurrirá y cuándo, pero frente a lo cual no se puede hacer nada; en 3A se espera, pero no se sabe cuándo lo que se espera va a ocurrir; en 4A la espera de algo muy relevante está marcada por la incertidumbre: no se sabe si ocurrirá, ni cuándo, y no se puede hacer nada al respecto. El poder que hace esperar tiene tanto más margen de acción cuanto más importante sea para el subordinado lo que se espera y, a la inversa, quien espera es tanto más dependiente del poderoso cuanto más necesite o valore lo que está esperando.

En estos casos no hay por qué imaginar un poder cuyos intereses y objetivos sean opuestos a los del subordinado. La indignación que provocan las esperas de las burocracias estatales surge en parte de allí: se supone que los funcionarios están para servir a la gente, no para castigarla. Y de ahí la amarga constatación del desprecio y la estigmatización (“todos somos iguales, no tendría que haber diferencias, pero bueno, si tenés plata todo va más rápido”, Auyero, 2016, p. 38).

Pero en otros casos la situación es distinta. Cuando se espera algo indeseable, y es el poder quien hace esperar, se trata de un poder que quiere o necesita dañar o, por lo menos, que no tiene intención de evitar un daño. Así, en 2B se espera algo negativo, relevante, seguro y datable, sometido a un poder que lo quiere así o no está dispuesto a hacer nada para que sea diferente. En 3B y 4B el poder impone además la incertidumbre, o bien no hace nada para evitarla. Si en los casos A (donde se espera algo favorable) podemos hablar de dependencia, en éstos otros puede hablarse de sometimiento.

Diferenciar analíticamente estas opciones permite apreciar el amplio abanico de estrategias concretas que ofrece al poder el hecho de hacer esperar. La siguiente es una lista mínima:

- El poder puede manipular en beneficio propio las creencias sobre todas las variables: la seguridad de que algo ocurrirá, su cuándo, el margen de acción de quien espera, incluso la relevancia y la deseabilidad de lo que se espera. Aún en casos como en 1A la creencia en la

autonomía puede ser un medio para los fines del poder (el discurso neoliberal sobre el “emprendedorismo” y el “tú puedes” es un ejemplo).

- Las situaciones de dependencia, como 2A, 3A y 4A, permiten al poder obtener contraprestaciones de muy diverso tipo a cambio de lo que él puede hacer para concretar lo que se espera. Desde apropiarse de recursos de los que esperan hasta sumarlos al trabajo por objetivos propios, pasando por el simple goce de la posición dominante y del subyugamiento. Cuando más importante sea lo que se espera y más dependiente sea quien espera, más margen de acción y de imposición tendrá el poder.

- Uno de los mecanismos por el cual se obtienen contraprestaciones es la promesa. Requeriría un análisis aparte, pues tiene una importante historia en la reflexión política (Svampa, 2014), pero en los términos en que venimos plateándolo toda promesa supone una espera, la que se da entre promesa y concretización. Cuanto más dependiente es un esperante, y cuanta más importancia le da a lo que espera, más vulnerable se vuelve a la promesa.

- Los casos de tipo B, en los que lo que se espera es algo indeseable, convocan otra importante estrategia del poder, que es la de la amenaza. Su estructura es similar a la de la promesa en el sentido de que consiste en promover una representación del futuro referida a lo que el poderoso puede hacer; la diferencia es que en el primer caso eso que puede ser beneficioso para quien espera y en el segundo es indeseable. La amenaza sirve como medio para obtener contraprestaciones, pero también como medio para dañar al dominado si éste es el objetivo, como ocurre en el cuento de Mendizábal y como suele ocurrir en los sistemas represivos o en las políticas antisindicales de las empresas, donde la amenaza busca destruir la organización y la resistencia.

Espera y reproducción

En todo lo anterior dimos por sentado que las relaciones de poder simplemente existen y tienen consecuencias sobre la espera. Si miramos las cosas desde la otra perspectiva, la del modo en que la espera incide en las relaciones de poder, encontramos el fenómeno menos evidente de que la espera contribuye a reproducir esas relaciones, a sostenerlas en el tiempo y eventualmente a reforzarlas (c). Este es posiblemente el principal descubrimiento empírico de

los análisis recientes (Auyero, 2016; Scribano, 2010; Abad Miguélez, 2018), a saber, que el hecho omnipresente de la espera se relaciona con el sostenimiento de las estructuras de dominación.

El principal argumento esgrimido es que la espera socializa en la sumisión. Quien por su condición espera casi siempre, va conformando en y por la espera unas representaciones y unas disposiciones, en primer lugar, sobre sí mismo y sobre su poder, que tienden a reforzar los lazos de dependencia. Así como se aprende a ser ciudadano, con derechos exigibles y éxito comprobable en actos de petición, se aprende a ser subordinado, dependiente de las decisiones arbitrarias de un poder que no se puede contrarrestar. En el análisis de Auyero, por ejemplo, los pobres aprenden que la burocracia estatal es confusa y caprichosa y que la mejor manera de obtener de ella lo que tan vitalmente se necesita es callarse, tener paciencia y no cuestionar nada. De ahí la profunda significación del fragmento de entrevista que citamos al comienzo, “acá no dije nada, pero en casa lloré un montón”: muestra precisamente esa sabiduría práctica, de lo que conviene y lo que no, que reproduce la dominación.

Pero nuestro análisis anterior sugiere otras razones por las que la espera puede ser funcional al poder. La primera es que el poder también se legitima con la espera, más precisamente con lo que promete y con lo que eventualmente cumple. La promesa de que concederá algo, aunque no pueda hacerlo ya mismo, es una de las claves de la dominación en sentido weberiano, la de la obediencia justificada en la perspectiva de quien obedece. También es una de las claves, como enseguida veremos, de la pérdida de legitimidad, cuando quien espera ve frustradas sus expectativas. Pero mientras tanto, mientras se espera confiado, el poder se sostiene en y por esa confianza. Y mucho más cuando la promesa se cumple, porque las nuevas promesas y las nuevas esperas se vuelven más verosímiles. Una parte de los discursos electorales se refiere exactamente a esta lógica: se trata de determinar qué promesas propias o de otros son creíbles y de interpretar lo sucedido con las promesas del pasado.

Segundo, el poder se refuerza también amenazando: siendo temido más que amado, según el *dictum* de Maquiavelo. En la misma lógica: más cuanto más creíble sean sus amenazas, credibilidad que se refuerza con experiencias previas de cumplimiento (los “castigos ejemplares” son un caso y muchas situaciones de espera los incluyen: “ir al final de la cola”).

Tercero, el hecho de que las esperas concretas remitan en última instancia al poder hace más probable que sean esperas funcionales al poder por vías más indirectas: por ejemplo, reforzando valores, creencias y supuestos que sirven a la reproducción del poder. Creer que los administradores de un recurso escaso por el que se espera hacen las cosas lo mejor que pueden, que aplican reglas de procedimiento que son razonables, o que sus criterios de elección y prioridad son justos, son cosas que refuerzan el poder aun cuando impliquen perjuicios

propios y aun cuando supongan pasar por amargas experiencias de espera. El grado de sutileza que puede alcanzar esta lógica es bien ilustrado por este hallazgo de Pierre Bourdieu en *Homo Academicus* (2008): que una espera concreta del mundo universitario, la del tiempo que lleva hacer una tesis, es un mecanismo de reproducción del campo:

La tesis de doctorado de Estado es (...) lo que permite a los profesores ejercer el control prolongado sobre los aspirantes a la sucesión. Ofrece un medio para prolongar por muchos años la puesta a prueba que implican siempre las operaciones de cooptación, al mismo tiempo que permiten retener en forma prolongada a los aspirantes a la sucesión, mantenidos de tal suerte en una posición de dependencia (que excluye la polémica, la crítica o incluso, con el favor de la regla que prohíbe la publicación previa, la competencia). Al ser la distancia temporal entre las generaciones universitarias (entre veinte y veinticinco años) la condición para la buena conservación del orden de las sucesiones, la duración de la preparación de la tesis debe situarse entre diez y quince años (a los que se añadirá una permanencia de diez a quince años en posiciones de profesor conferenciante y de profesor de provincia) a fin de que esa distancia se mantenga. Y sin duda no es excesivo pensar que son las necesidades institucionales de la feliz reproducción del cuerpo las que determinan el tiempo de trabajo necesario para la producción de la tesis y, a través de ello, la naturaleza misma del trabajo, su volumen, su ambición, antes que a la inversa (Bourdieu, 2008, pp. 200-201).

El ejemplo ilustra los complejos caminos por los que una espera puede resultar funcional al poder sin que haya sido orquestada con ese objetivo y sin que quienes ocupan las posiciones de dominante o dominado sean conscientes de sus razones de fondo. El sentido práctico de ambos los lleva a percibir como incuestionable una espera que muy probablemente justificarían, llegado el caso, apelando a razones ajenas a la reproducción de las asimetrías (razones legítimas propias del campo académico, tales como la trascendencia de la función o la dificultad intrínseca de los temas).

Espera y resistencia

Aún así, la espera puede propiciar también la resistencia y la contestación al poder (d). Varias investigaciones han prestado atención a este fenómeno (Dreher, 2018; Blejer y Stella, 2020; Fainstein, 2020), intuitivamente más claro

que el anterior porque, en lo esencial, se trata de la relación entre malestar y reacción, que obviamente no es lineal, pero existe en última instancia. Tres son los factores que pueden considerarse propiciatorios de esta otra relación entre espera y poder:

- i) La intensidad del malestar que produce la espera;
- ii) Las creencias acerca de su necesidad o inevitabilidad;
- iii) Las creencias acerca de los recursos y opciones disponibles para evitarla.

Ya dijimos que buena parte de las esperas suponen sufrimiento y que el hecho mismo de esperar es coactivo, incluso cuando la espera es llevadera. El cuadro de los tipos de espera da una idea de la gradación de esos malestares, que pueden ir una afectación mínima y pasajera hasta situaciones dramáticas y situadas en el límite de lo soportable. Aunque esto no tiene efectos lineales es obvio que el quantum del malestar, sumado a las disposiciones de los afectados para soportarlo, es un factor importante a la hora de explicar por qué algunas esperas producen cuestionamientos y otras no. *Ceteris paribus*, es más probable cuánto más sufrimiento produzcan.

Pero, ello debe acompañarse del análisis de las creencias, suposiciones y representaciones desde las cuales quien espera da sentido a su situación y al hecho mismo de tener que esperar. La idea de que lo que se pide es algo excepcional, que nadie está obligado a entregar y que se entrega como acto de caridad; la creencia de que los tiempos que insume el proceso son efectivamente lentos y difíciles o imposibles de acelerar; la idea de que quien concede hace las cosas lo más rápido que se puede; los supuestos acerca de los procesos técnicos implicados, complejos y también lentos, o la aceptación de los valores y las normas que establecen las prioridades (es justo que otro vaya antes que yo), son todos pequeños fragmentos del inagotable y ramificado sentido común que sostiene las situaciones de espera como necesarias.

Tercero (iii), lo que el que espera piense o suponga acerca de su propio margen de acción condiciona también su actitud política frente a la espera. La expresión popular “qué va a hacer”, que suele acompañar muchas descripciones de malestares y penurias (“hay que aguantar, qué va a hacer”; “siempre es así, qué va a hacer”) condensa una sensación de impotencia que sostiene la pasividad.

En términos puramente lógicos es la puesta en duda o la revisión de aspectos particulares de (ii) y de (iii) lo que desencadena procesos de rebeldía, propiciados por esperas cargadas de sufrimiento intenso. Puede ocurrir de hecho que el sufrimiento sea casi insoportable y que las creencias del tipo (ii) y (iii) lo sostengan de todas maneras (“igual no se puede hacer nada”; “es así y no se puede cambiar”). O puede ocurrir que el cuestionamiento de creencias no

produzca ningún acto de contestación porque, después de todo, se trata de un pequeño malestar ("es injusto que tenga que esperar, pero a fin de cuentas es un rato nada más").

Estas condiciones ayudan a entender que se haga o se intente hacer algo, pero por supuesto no en qué consiste ese algo. Puede recorrer un arco que va desde la mera manifestación externa de la desesperación (por ejemplo, el reclamo airado, el llanto, la amenaza y el insulto al funcionario), hasta la organización consciente para unir fuerzas y para ocupar el espacio público en un sentido estrictamente político. En el medio puede propiciar también estrategias individuales, como la búsqueda de atajos administrativos para esperar menos uno mismo, o la autogestión del sufrimiento con técnicas de autoayuda. La politización en sentido pleno, que consiste en que la espera desencadene un cuestionamiento activo de las relaciones de poder en que se inscribe, es un caso límite empíricamente menos frecuente, con toda seguridad, pero fundamental para una sociología de la espera.

A modo de conclusión: ámbitos y alcances de la espera

Todo lo que acabamos de decir rubrica la importancia potencial de la espera, un fenómeno que, como planteábamos al principio, parece anodino debido a su omnipresencia, pero claramente no lo es en sus implicancias sociológicas. Caben, sin embargo algunas puntualizaciones respecto de esa importancia, que exponemos brevemente para terminar.

La primera es que los ámbitos en que ocurren las esperas no son igual de importantes desde el punto de vista sistémico. El criterio para determinar esa importancia es variable, porque depende de concepciones más generales de la sociedad, pero indudablemente hay casos más estratégicos que otros por sus implicancias estructurales. Así, por ejemplo, la investigación de Auyero se sitúa en el corazón de las relaciones entre economía y política en el caso de un país que, como la Argentina, tiene en la gestión de la pobreza estructural uno de los epicentros de su vida institucional.

Esto no quiere decir, segundo, que lo secundario desde el punto de vista sistémico no tenga importancia. La tiene entre otras cosas porque cualquier análisis detallado de una situación de espera puede contribuir a la teorización general. De ahí -y aprovechamos para aclararlo- que nos hayamos esmerado para que cuanto dijimos, sobre la naturaleza de la espera, sus formas y sus relaciones con el poder, valga tanto para fenómenos micro como macro sociales. Por ejemplo, la espera de algo relevante, muy necesario, que no se sabe si ocurrirá y, de ocurrir, no se sabe cuándo (el caso 4A del cuadro), puede corresponder tanto a relaciones cara a cara a pequeña escala (el niño suele depender así de sus padres) como a la relación macro estructural estado/ciudadanía en contextos autoritarios.

Tercero, el poder no es el único tema sociológico relevante con el que está relacionada la espera. Su estrecha relación con la desigualdad sugiere el interés de integrar su análisis al de las asimetrías sociales en general, que recoge lo que dijimos sobre el poder, pero lo sitúa en otras coordenadas teóricas, por ejemplo, las referidas a la clase o al género. En la medida en que la espera se refiere al futuro puede integrarse al también próspero campo de los estudios sobre el porvenir (Ramos, 2017, pp. 2-5), en torno a temas como el presentismo, la incertidumbre, el riesgo, la aceleración, la utopía, la distopía, etcétera. Su imbricación con el sentido común, las creencias y lo dado por supuesto lo acerca también al amplio terreno del discurso social y la legitimación del orden, del que la ideología de la esperanza, del optimismo y de la paciencia forma parte (Ahmed, 2019; Berlant, 2020). Puesto que toda adhesión política supone algún tipo de espera (Montali, 2024), está también el terreno de las elecciones, los contratos electorales, su creciente inestabilidad y la emergencia de expresiones políticas, etcétera. Y finalmente, aunque excede ya el campo de la investigación social, la abundante presencia del tema en la literatura sugiere que se trata de una cuestión primordial para la vida, que conecta de una manera sustantiva con las coordenadas básicas de lo humano, cosa que, en tiempos de posthumanismo, vale como pequeño acto militante.

Referencias bibliográficas

- Abad Miguélez, B. (2018). Regímenes de movilidad y expropiación del tiempo: la espera como cronopolítica. *Arbor*, 194 (788), a453. <https://doi.org/10.3989/arbor.2018.788n2013>
- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Auyero, J. (2016). *Pacientes del Estado*. Eudeba.
- Bachrach, P. y Baratz, M. (1962). Two Faces of Power. *The American Social Science Review*, 56(4), 947-952.
- Ballesteros, M. S.; Freidin, B. y Wilner, A. D. (2017). Esperar para ser atendido: barreras que impone el sistema sanitario y recursos que movilizan las mujeres de sectores populares para acelerar la resolución de las necesidades de salud. En M. Pecheny y M. Palumbo (comps.), *Esperar y hacer esperar. Escenas y experiencias en salud, dinero y amor* (pp. 63-97). Teseo Press.
- Bárcena, F. (2013). Poética de la espera. Una filosofía íntima (con fragmentos de Proust y Pizarnik). *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 1, 213-238. <https://doi.org/10.7203/KAM.1.2290>
- Barrera, L.; Lombrana, A. y Ojeda, N. (2020). La espera como categoría empírica y analítica. Presentación al Dossier Etnografías de la Espera: Derecho, Justicia y Sociedad. *Avá. Revista de Antropología*, (36), 7-16. <https://ojs.ava.unam.edu.ar/index.php/files/article/view/135>
- Barthes, R. (1998). La espera. En R. Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso* (pp. 91-93). Siglo XXI.
- Basaure, M.; Sánchez, B. y Vera, C. (2018). Desigualdad como Tiranía del Tiempo. Una indagación teórica y empírica del caso chileno. *Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, Documento de Trabajo n° 32*. DT32. Desigualdad como Tiranía del Tiempo. Una indagación teórica y empírica del caso chileno – COES.
- Berlant, L. (2020). *El optimismo cruel*. Caja Negra.
- Biset, J. (2024) Una aproximación temporal al trabajo y las relaciones sociales de guardias de seguridad privada en la ciudad de Córdoba, Argentina [Tesis Final de Licenciatura no publicada]. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.

- Blejer, M. y Stella, V. (2020). La espera desobediente. Análisis de un caso etnográfico sobre una comunidad mapuche (Río Negro). *Avá. Revista de Antropología*, (36), 43-64. <https://ojs.ava.unam.edu.ar/index.php/files/article/view/137>
- Bourdieu, P. (1999). El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia. En P. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (pp. 275-323). Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Cortázar, J. (1966). La autopista del sur. En J. Cortázar, *Todos los fuegos, el fuego* (pp. 9-42). Sudamericana.
- Cristiano, J. (2020). Confinamientos y temporalidades: Experiencias del tiempo durante el aislamiento obligatorio por el Covid-19. *Question/Cuestión*, 2(67), e427. <https://doi.org/10.24215/16696581e427>
- . (2021). Lógicas temporales del poder. Una aproximación a las relaciones entre poder y tiempo social. *Castalia - Revista De Psicología De La Academia*, (37), 3-19. <https://doi.org/10.25074/07198051.37.2148>
- Damin, N. (2014). El Estado, la espera y la dominación política en los sectores populares: entrevista al sociólogo Javier Auyero. *Salud Colectiva*, 10(3), 407-415. <https://doi.org/10.18294/sc.2014.402>
- Díaz, E. (2017). Filosofía de la espera. En E. Díaz, *Problemas filosóficos* (pp. 63-97). Biblos.
- Dreher, J. (2018). Espera y poder en tiempos de crisis. Las estructuras temporales impuestas del mundo de la vida. *Diferencia(s)*, 7, 46-56.
- Elias, N. (1995). *Sociología fundamental*. Gedisa.
- Farji Neer, A.; Mertehikian, Y.; Cunial, S. y Korkowski, E. (2017). Procesos y experiencias en torno a los procesos de reproducción médicamente asistida. En M. Pecheny y M. Palumbo (comps.), *Esperar y hacer esperar. Escenas y experiencias en salud, dinero y amor* (pp. 99-124). Teseo Press.
- Fainstein, C. (2020). Problemas del mientras tanto: espera y justicia en la causa "Mendoza". *Avá. Revista de Antropología*, (36), 165-193. <https://ojs.ava.unam.edu.ar/index.php/files/article/view/142>
- Feinmann, J. P. (1991). *La astucia de la razón*. Norma.
- Gasparini, G. (1995). On waiting. *Time and Society*, 4(1), 29-45. <https://doi.org/10.1177/0961463X95004001002>
- Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Amorrortu.

- Göttlich, A. (2015). To Wait and Let Wait. Reflections on the Social Imposition of Time. *Schutzian Research*, 7, 47-64. <https://dx.doi.org/10.5840/schutz201574>
- Gutiérrez Pérez, J. (2014). *El sentido de la espera en la literatura del siglo XX*. Universidad de Valladolid. <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/8065>
- Hage, G. (2009). *Waiting*. Melbourne University Publishing.
- Hansen, L. (2020). It's not even the leaders out here who have any say at all in how long they're gonna have to wait: A study of waiting time, power, and acceptance. *Time & Society*, 29(4), 1128-1149. <https://doi.org/10.1177/0961463X20950983>
- Lahad, K. (2019). Stop waiting! Hegemonic and alternative scripts of single women's subjectivity. *Time & Society*, 28(2), 499-520. <https://doi.org/10.1177/0961463X16639324>
- Mann, M. (1991). Las sociedades como redes organizadas de poder. En M. Mann, *Las fuentes del poder social I* (pp. 13-59). Alianza.
- Merton, R. (1992). Las duraciones esperadas socialmente: un estudio de casos sobre la formación de conceptos en sociología. En R. Ramos Torre (Ed.), *Tiempo y sociedad* (pp. 275-306). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Montali, G. (2024). La espera: futuros próximos como inquietudes de coyuntura. *Cuadernos de Coyuntura*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, 9, 1-8. La espera. Futuros próximos como inquietudes de coyuntura – Cuadernos de Coyuntura
- Pecheny, M. (2017). Introducción. En M. Pecheny y M. Palumbo (comps.), *Esperar y hacer esperar. Escenas y experiencias en salud, dinero y amor* (pp. 13-36). Teseo Press.
- Pereyra, H. (2017). Trayectorias en busca de una córnea. En M. Pecheny y M. Palumbo (comps.), *Esperar y hacer esperar. Escenas y experiencias en salud, dinero y amor* (pp. 165-184). Teseo Press.
- Pickering, L. (2016). 'Waiting for chronic': *Time, cannabis and counterculture in Hawai'i*. *Time & Society*, 25(3), 450-470. <https://doi.org/10.1177/0961463X16631770>
- Popitz, H. (2019). *Fenómenos del poder*. Fondo de Cultura Económica.
- Ramos Torre, R. (2017). *Futuros sociales en tiempos de crisis*. *Arbor*, 193(784), a378. <https://doi.org/10.3989/arbor.2017.784n2001>
- Romano, Claude (2011). Esperar. *Franciscanum*, 33(156), 331-355.
- Ruiz-Estramill, Ivana (2018). A la espera. Los solicitantes de asilo en el Estado Español. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 55, 45-59. <https://ekoizpen-zientifikoa.ehu.eus/documentos/6421d4e77eed003a9ca74f5f>

- Sacheri, E. (2007). *¿Te conozco, Mendizábal!* Alfaguara.
- Saítta, S. (2000). *El escritor en el bosque de ladrillos: Una biografía de Roberto Arlt*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.
- Schwartz, B. (1974). *Queuing and Waiting: Studies of the Social Organization of Access and Delay*. Chicago University Press.
- . (1992). Colas, prioridades y proceso social. En R. Ramos Torre (Ed.), *Tiempo y sociedad* (pp. 307-324). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Scribano, A. (2010). Primero hay que saber sufrir...!!! Hacia una sociología de la 'espera' como mecanismo de soportabilidad social. En A. Scribano, Adrián y P. Lisdero (comps.), *Sensibilidades en juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones* (pp.169-192). Centro de Estudios Avanzados.
- Schütz, A. (1974). La teoría de la intersubjetividad de Scheler y la tesis general del 'alter ego'. En A. Schütz, *El problema de la realidad social* (pp. 151-174). Amorrortu.
- Scott, J. (1994). *Power: Critical Concepts*. Routledge.
- Svampa, M. L. (2014). Notas sobre la promesa en el pensamiento de Hannah Arendt y Fiedrich Nietzsche. *Tópicos. Revista de Filosofía*, 46, 75-93. <https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v65n160.56686>
- Turnbull, S. (2015). 'Stuck in the middle': Waiting and uncertainty in immigration detention. *Time & Society*, 25(1), 61-79. <https://doi.org/10.1177/0961463X15604518>
- Voyanov, A. (2014). Approaches to Waiting in Mobility Studies. Utilization, conceptualization, Historicization. *Mobility in History*, 5(1), <https://doi.org/10.3167/mih.2014.050107>
- Weber, M. (2014). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

Sobre los autores:

Javier Cristiano. Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina), Profesor Titular de Teoría Sociológica en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Coordinador del Grupo de Estudios sobre Tiempo, Capitalismo y Sociedad (Facultad de Ciencias Sociales, UNC). Es Doctor por la Universidad Complutense de Madrid y sus principales áreas de investigación son los problemas de la Teoría Sociológica Clásica y Contemporánea, la Sociología del tiempo y las relaciones entre tiempo social y capitalismo. ORCID: 0000-0001-5731-7269.

Guido Montali. Profesor Asistente en la carrera de Sociología de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) e integrante del Grupo de Estudios sobre Tiempo, Capitalismo y Sociedad (Facultad de Ciencias Sociales, UNC). Es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Doctor en Estudios Sociales de América Latina por la UNC. Sus áreas de investigación son la sociología política y la sociología del tiempo. ORCID: 0000-0002-4538-711X.